

Félix Armando Núñez

El Dr. W. Mann ⁽¹⁾



QUEL Olimpo de maestros alemanes que desde el primer momento se imponía a nuestra veneración en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile, hacia el año 1916, en que nos iniciábamos en sus aulas, parecía, al descender hasta nosotros, repetir en un clima de penumbra cordial, la máquina o maravilloso de los poemas homéricos: porque en nuestra fantasía vivaz de adolescentes más de un rasgo enérgico y sugeridor, ya corporal, ya anímico, reproducía en la realidad sonriente y tangible de esos insignes profesores la presencia de los viejos dioses, que venían a fortificarnos para la apasionada y anónima guerra de treinta o cuarenta años... ¿No era el Dr. Federico Hanssen un Júpiter reencarnado, con su augusta cabeza, los paralelos ríos de azucena de su barba, la majestad de su erguida estatura, su lento andar, y el ademán a la vez dulce e imperativo, como para ordenar el rocío o el rayo? ¿Era demasiado audaz acaso recordar, refiriéndolo al Dr. Rodolfo Lenz, lo que se dijo de Sócrates: que se transfiguraba en un insensible climax de elevación y semejaba así esos silenos de barro que en su interior escondían un dios?

Para nosotros, los alumnos de Castellano, surgían éstas como

(1) Discurso leído en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

las divinidades mayores y más visibles, y en cierto modo lo eran no sólo por su aspecto, su saber y su voluntad egregia: Hanssen se había hecho famoso, en el orbe de la cultura, que es el auténtico macrocosmos, por su «Gramática Histórica de la Lengua Castellana», incomparable monumento de investigación realizado línea a línea, pulgada a pulgada, en treinta años de pujante cátedra chilena y supra-celeste entusiasmo: Lenz multiplicaba su actividad filológica en doctos Diccionarios, en magistrales monografías y conferencias, y en sus clases irónicas, desordenadas y magníficas como todo lo genial, donde derramaba profusamente la ciencia que más tarde recogería en «La Oración y sus Partes».

De cuando en cuando, la rauda visión del Vulcano de este Olimpo de paso a las regiones pitagóricas: el Dr. Poenisch. Se diría que un ciclón de voluntad imprimía movimiento a su maciza mole y que su bastón era el trebejo con que revolvía la llama para la olímpica forja. También sus ojos y sus palabras parecían despedir fuego.

Y el más joven de todos: el Dr. Guillermo Mann. Su edad constituía tal vez un obstáculo para alzarlo en nuestra imaginación radiante de simpatía al rango de los dioses. Destacaba, sin embargo, entre ellos, por su espigada y enhiesta figura, su pulquérrima elegancia, su exquisita cortesía, el filo de su mirada escrutadora que se clavaba en nosotros como inverosímil bisturí de psicológica cirugía. Al enfrentarse con nosotros teníamos la impresión de que de sus inquietos ojos azules se disparaba una lluvia de diminutos dardos invisibles que abrían resquicios en nuestra conciencia y la manifestaban.

Treinta años de distancia nos insinúan ahora la cambiante imagen del dios que vivía en su ser íntimo. Era Proteo que, en palabras de Rodó, «para eludir la curiosidad de los hombres apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas... Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna».

Proteo fué en efecto. Y ante todo fué el psicólogo.

El psicólogo intuitivo de fina y poderosa sagacidad que en el rápido encenderse de una mirada coge como en una instantánea el profuso pasar de la psiquis debajo de un rasgo o una expresión. Pero también el psicólogo científico que sometido una existencia entera a la rígida disciplina de un método riguroso —¡oh! admirable paciencia teutona— asiste, en los albores y en el crepúsculo de su formación cultural, al espectáculo de dos crisis de la psicología que son como los extremos de una curva que va a cerrarse en círculo: la psico-física, con sus ingenuos experimentos de laboratorio y en términos más vastos la psicología experimental de Wundt y Strumpf; y la Psicología profunda de Freud, Jung y Adler con su exploración del inconsciente por la psicoanálisis y su prisa por explicar valiéndose de este método lo que aquélla a paso de tortuga aplazaba tal vez para un futuro de nuevas generaciones, mientras reunía el seguro material de la construcción teórica. Por una parte la estratificación paulatina, y por otra, el cataclismo: los dos estilos concurrentes de la existencia total. Y entre estas dos crisis se mueve el Dr. Mann con una finura de inteligencia, una flexibilidad de criterio, una amplitud de imaginación y una llamarada de sensibilidad sintonizante y actual que confluyen como los rasgos que van a definir el curso transparente de su vida entera: a los setenta años, igual plasticidad, curiosidad idéntica. Nos lo representamos dentro de los barrotes de jaula de su método estricto, moviéndose con la agilidad de una ardilla, o inmovilizándose de pronto sobre los fardos de sus archivos como un buho que dispara sobre la noche profunda el radar de su mirada inquisitiva. Y aquí y allá, en sus clases y en toda su producción, el arranque para el vuelo luminoso desde el dato frío o el severo documento. Así leemos en una Memoria suya de 1908: «Al que entra al campo de trabajo de la psicología experimental, le es forzoso resignarse a no creer que los objetos inmediatos de su estudio sean las manifestaciones brillantes del espíritu, productos de una

cooperación de variadas funciones o de un esfuerzo del conjunto de energías que constituyen el íntimo ser de la personalidad». Notable rasgo de cautela que de súbito alumbra el interior de un carácter.

Psicólogo era el Dr. Mann por la rápida comprensión de la individualidad de sus alumnos, a quienes callada y cordialmente seguía en su trayectoria por la vida, acaso entre otras razones para verificar sus propios logros intuitivos. Psicólogo para singularizarlos con ceñida palabra. Ambicioso y triunfante psicólogo al buscar y encontrar la caracterización de su segunda patria en la impresionante y voluminosa obra «Chile luchando por nuevas formas de vida», donde uno no sabe de qué asombrarse más: si del acopio de documentos, de las lecturas formidables, de las agudas interpretaciones, de lo sistemático de la exposición, o de la vibrante sensibilidad y el juicio certero con que individualiza, agrupa y relleva a artistas plásticos, músicos y escritores.

Y fué también el maestro: el catedrático de Psicología, de Pedagogía y de Filosofía en el Instituto correspondiente de la Universidad de Chile. Filiales discípulos y colaboradores suyos—Hayra G. de Sommerville, Laura Zagal Anabalón, Carlos Videla V., Esteban Doña U.—en colectivo trabajo, reverente, cordial y sustancioso, han rescñado esta labor de quince años, trascendental en la historia de la cultura chilena... La prudencia, el buen sentido, la profundidad crítica, el vasto saber, la visión del porvenir, la intuición del conjunto vivo, dieron a sus lecciones, conferencias y trabajos de toda índole una proyección inmensa y una fecundidad que perdura. Procedía, como pedagogo, de Herbart y la educación intelectualista. Pero no podía «fijar su esencia sutilísima» en ella.

Oigámosle en su ya citado libro de los sesenta años «Chile luchando por nuevas formas de vida» (tomo II, pág. 239):

«Considerada en sus líneas puras, no alteradas por exageraciones, la evolución reciente de los principios pedagógicos es

digna de entusiasmo. Si la nueva pedagogía se esfuerza por abrir anchos caminos a la actividad productora de los educandos, despertando su confianza en el propio esfuerzo y estimulando su espíritu de empresa; si tiende a capacitarlos para guiar su conducta por su criterio personal; si redime a la juventud del enclausamiento en las cuatro paredes del aula escolar y la conduce al amplio campo de la realidad, concediendo libre expansión a las tendencias sanas que son propias de esa edad, ¿quién no colaboraría con gusto en realizar tal espíritu, que llena la escuela de vida y alegría, y la convierte en un instrumento de ejercicio para las aptitudes creadoras del hombre en estado de formación?».

Y fué el Rector ejemplar.

Doña Isaura Dinator de Guzmán, Jorge Guzmán Dinator y el Dr. Hugo Lea-Plaza, lo han recordado como modelo de Rectores (dirigió el Liceo de Aplicación y el Liceo Superior de Niñas creado por iniciativa suya) con frases transidas de emoción que garantizan una honda vivencia insospechable. «Aquí —dice la señora de Guzmán— se iniciaron y ensayaron muchos de los sistemas y métodos que se han puesto en boga en los últimos años. ¡Y esto se hacía ya en 1908!».

Y fué por sobre todo el hombre.

«Yo un luchador he sido, y esto quiere decir que he sido un hombre», dijo Goethe. Y el Dr. Mann supo hacer cumplido honor a la significación alemana de su apellido.

Y fué un hombre no sólo en el sentido vulgar de la palabra sino también en la acepción del ejemplar extraordinariamente raro y singular y por lo mismo archi-estimado, de hombre de la cultura. Es decir, en el sentido de hombre que dignifica a la especie humana con su humanidad elevada a potencia: llámese este hombre Platón, en el siglo de Pericles; Leonardo, en la Florencia del Renacimiento; Goethe, en la Alemania del «Sturm und Drang»; o Rodó en la Atenas uruguaya. El hombre de la inteligencia y la voluntad inquebrantable al servicio de un ideal superior. El hombre que se siente íntima y profundamente soli-

dario con toda la humanidad, según la sentencia de Plauto: «Hombre soy y nada humano me es indiferente». El hombre, cuyo espíritu respira la atmósfera de la cultura, sin la cual moriría, al modo que moriría si un cuerpo no respirara el aire ambiente.

No hay que forzar mucho la imaginación para rehacer la epopeya de su voluntad portentosa. Hasta el momento de su muerte, que se nos antoja prematura para lo que todavía pudo dar, no obstante sus 74 años de edad, cada día fué para él un programa de duro trabajo. No hemos podido olvidar lo que una vez nos expresó en clase: De cuando en cuando debemos decir a los alumnos: «Continúen trabajando, aunque estén fatigados». Lo que encontraba confirmación bella en uno de los mayores elogios que el admirable don Enrique Nercasseau y Morán tributaba a algún discípulo esforzado: «Este alumno tiene amor a la fatiga».

No hay que forzar mucho la imaginación para representarnos al Dr. Mann batallando ciclópeamente por realizar todo lo que ha realizado: convertir en modelo el Liceo de Aplicación; bregar por la fundación de su sección femenina, y luego inspirarla, animarla de un espíritu nuevo e imprimirle un impulso de crecimiento vigoroso; fundar en un Santiago de Chile, refinado y escéptico, un gabinete de Psicología Experimental, con lo cual ha sido, sin duda, entre nosotros el padre de esta suerte de investigaciones; y más que todo mantenerlo gracias a una actividad de que no podría formarse idea sino los que madrugábamos insomnes con la preocupación de la hora exacta, que él imponía sin esfuerzo, para acudir a las experiencias en tal o cual Liceo; cambiar la orientación de los estudios filosóficos, de lo que fueron acaso en gran parte consecuencia entre otras las magníficas lecciones de Enrique Marshall en el Liceo y la Universidad de Concepción; estar al día en las más diversas manifestaciones de la cultura; acumular informaciones para sus clases, conferencias, ensayos y libros, paradigmas todos de severa do-

cumentación y análisis minucioso; dar a conocer a Chile y la América Española en el extranjero; escuchar circunspecta y cariñosamente a alumnos y profesores que le consultaban, seguros del buen consejo o la adecuada solución; acercar más a chilenos y alemanes; observar atentamente, meditar sobre los mejores caminos, proponer, esperar, insistir, rectificar, destruirse, rehacerse y vencerse a sí mismo: he aquí otros tantos episodios algunos anónimos, de su magna gesta.

Y fué el filósofo.

La cardinal actitud de su vida es una actitud filosófica: de serenidad, de elevación, de heroico estudiar, de valorar justo, de armonizar los contrarios en apolíneos acordes, de situarlo todo dentro de la «integralidad» para decirlo con palabra de su dilección. Que examine «Las ideas de causa y finalidad en Spinoza», «el realismo crítico como base filosófica de la pedagogía», «el poder cognoscitivo de la intuición estética», o «la filosofía existencial», estudios que le confieren rango de ensayista medular, hondo y eruditísimo, el «leit-motiv» que modula las frases de todas esas variaciones en uno mismo: la armonía cósmica inmanente, que Baruch Spinoza, el pulidor de cristales de Amsterdam, intuía en la realidad total, cristal inmenso para su oído y su pupila, y que Goethe hacía brillar como un chorro murmurante, soleado y diamantino en el maravilloso surtidor de sus versos.

Pero nada más lejano del dogmatismo, que equivale a la negación del carácter proteico... ¿No sorprende el sentido de justicia con que una vez rebatida la tesis de Martín Heidegger, maestro del existencialismo, el Dr. Mann, cuya edad frisa ya con los setenta años, le rinde en el mismo curso de su comentario el siguiente homenaje: «Hay que reconocer en primer lugar que a través de cada página del libro «Ser y tiempo» se trasluce una formidable capacidad lógica, una extraordinaria potencia de dialéctica. Discurrir con tan vasto aliento sobre un asunto de índole apenas expresable como es, en el concepto heideggia-

no, el Ser de la existencia, sin deslizarse nunca a la mera constatación de hechos empíricos, significa cumplir una tarea de enorme dificultad.

A este mérito de orden formal se agregan otros referentes al fondo de la doctrina. Es que esta filosofía se empeña por satisfacer, con los nuevos requisitos metodológicos y en consonancia con orientaciones profundas de nuestro tiempo, la sed de saber ontológico, esa elemental ansia que siente el hombre de levantar el velo que cubre la naturaleza íntima de lo que es. Y en la búsqueda de aquel núcleo del ser llega la filosofía existencial, respondiendo a otra de las tendencias hoy predominantes, a reafirmar la espontaneidad de la persona humana, ese don del hombre tantas veces negado en las discusiones filosóficas y tantas veces resurrecto.

Hasta aquí el Dr. Mann... ¿No sentimos como el impulso inicial de una nueva fuga de Proteo, «forma del mar, numen del mar»? ¿No deformó un poco a esta forma cierto prurito pedagógico, de ése que ¡ay! pese a toda nuestra amplitud de criterio, apunta de vez en cuando en nosotros, profesionales de la pedagogía?

Numen del mar, Proteo debe entregarse al mar.

Y la filosofía, imagen de la vida en su más honda manifestación, es como el piélago, con su perenne movilidad, y sus tumbo, y el solemne trueno de la ola, y su sonrisa de espuma y sus bonanzas azules y sus negras tempestades y su profundidad voraz. Y como expresa el gran poeta colombiano Porfirio Barba-Jacob en su «Canción de la vida profunda»:

«Hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos,
niñez en el crepúsculo, lagunas de zafir—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza
y hasta las propias penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres como en las noches lúgubres el llanto del pinar. El alma gime entonces bajo el dolor del mundo y acaso ni Dios mismo nos puede consolar».

Por eso sólo la totalidad de las corrientes filosóficas pueden darnos una idea aproximada de lo real, del límite y del velo, como en días de suma diafanidad contemplamos desde un avión en la atmósfera alta todo el mar con su superficie sembrada de lirios fugitivos, y muy cerca de ella su fondo que transparece a modo de un mapa en relieve animado de pálidas vegetaciones y peces, y con sus límites en la playa y en el abismo y en el horizonte.

Ya dijo Protágoras—ese genio—que «todas las opiniones son igualmente verdaderas»: que «su verdad es relativa: depende de las circunstancias en que se han emitido». Y Pirandello en los «Seis personajes» plantea el serio problema de si uno es realmente uno o muchos.

La personalidad proteica del Dr. Mann inclinaría bastante en favor del segundo término de esta disyuntiva, si no fuera por la unidad que preside todas sus manifestaciones.

Veamos alguna más, porque fué también poeta.

Lo presentíamos antes que la Señorita Laura Zagal nos lo dijera: entre sus papeles se encontraron algunas poesías originales. También presentíamos las cualidades fundamentales de su estilo poético: extrema sencillez, armonía, profundidad, realismo psicológico, y el imperativo teutón del deber surcándolo todo como un trozo de sinfonía a lo Beethoven, que en acordes victoriosos asciende «a la alegría a través del dolor».

Un poco improvisada y libremente hemos traducido del alemán la que se intitula «Miguel Angel»:

«Miguel Angel, figura alta y adusta,
¿qué me enseña tu vida, qué tu obra?

De amargos contratiempos la suerte te ha abrumado.
No había en tu presencia atractivos sensibles.
Ni solícito amor de padres conociste,
ni de una amante esposa la espiritual entrega,
ni las delicadezas de reverentes hijos,
ni te reconfortó la llama del hogar.
Diariamente el trabajo te exigió inmolación.

¿Fué entonces tu vida un tormento tan sólo?
No: viviste la suma plenitud de la dicha.
Pobre en mundanos bienes, infinita riqueza
se te entregaba en lo que íntimamente veías,
en lo que tú plasmabas en grandiosas imágenes.

De nuevo nos creaste el sublime de Dios
y mostraste el trastorno que el mal hace a lo Bello.
De lo hondo de los hombres levantaste las almas
que su secreto muestran en tus estatuas vivas.

Sí: las fuerzas más altas del Cosmos conducían
tu mano: el mismo Espíritu Universal en tu obra
se ha desplegado en alto, potente desarrollo.
Sopló en tu corazón el júbilo huracánico
de su liberación, cuando inspirado
el poder de crear ejercitabas.

¡Qué alto designio ser del Espíritu instrumento!
Era ésa tu dicha, una dicha sin límites.

Para nosotros, ¡ay! criaturas mal dotadas,
queda un rico regalo de esa abundancia tuya.

Cuando en tu gran legado nos sumimos,
el espíritu cósmico, vibrando en lo más hondo
de nosotros, nos mueve a elevar el alma
a la Diafanidad y la Belleza santa.

¿No podríamos decir algo semejante de ti ¡oh! Maestro:
de tu legado espiritual, de tu dolor mudo, de tu capacidad ins-
piradora y animadora, de tu diario entregarte para combustible
de la antorcha? Sí: tú podrías haber dicho como Nietzsche:
«He sido como la hoguera que ha ido alumbrando a los demás, y
ha dejado para sí la ceniza».

Pero no lo dijiste ni lo pensaste. El Espíritu Universal,
de que eras escogido instrumento, lo habría impedido, y para
una hora así, te habría puesto en el labio una palabra como una
rosa blanca.

Y ahora que no te vemos, tu titánica voluntad erguida, no
sabemos dónde, más allá de los horizontes del mundo, parece
golpear reciamente en cierto material de bronce que aun queda
en nosotros.